

Megan Maxwell

Tampoco pido tanto

NO APTO
PARA MENORES
DE 18 AÑOS



Tampoco pido tanto

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Masalskaya / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: noviembre de 2019
ISBN: 978-84-08-21714-5
Depósito legal: B. 21.767-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Noche en Budapest.

Noche caliente y divertida.

Noche de sexo.

Con una copa de cristal de Bohemia llena de un excelente vino en la mano, el comandante Daryl Michael Simmons esperaba disfrutar del espectáculo caliente y morboso que dos hombres y una mujer iban a ofrecer en el reservado de un lujoso local de intercambio de parejas de la ciudad.

Por su trabajo como piloto en una compañía aérea, viajaba por todo el mundo, no sólo conociendo distintos países y mujeres, sino también distintas maneras de gozar del sexo.

Con cara de deseo, la mujer llamada Irina pensaba disfrutar del juego que ella misma había planeado junto a su marido, Peter, e, iniciándolo, besó a Laszlo en la boca, introduciéndole la lengua con lascivia; él se estremeció.

La puerta del reservado se abrió entonces y entró Can Drogo, amigo de Daryl e hijo del dueño de la compañía para la que ambos trabajaban. Can era comandante como él.

Can y Daryl formaban un dúo muy bien avenida que llamaba la atención. Solteros, atractivos, altos, elegantes, caballerosos y encantadores. Irresistibles para las mujeres, sobre todo cuando vestían sus uniformes de comandantes.

Se conocían desde que ambos coincidieron en el Saint Thomas, un colegio propiedad de la familia de Daryl, cuando los padres de Can, él turco y ella suiza, se trasladaron a vivir a Londres.

Con paso seguro y vestido de manera informal, mientras se retiraba el largo y frondoso pelo castaño del rostro, Can se acercó hasta su amigo, se sentó a su lado y observó el juego de los que estaban tendidos sobre la cama.

—La noche se presenta caliente —dijo Can.

Daryl sonrió. Can y él se entendían a la perfección.

—Eso parece —afirmó.

Can asintió divertido. Aquellos juegos calientes y provocadores eran interesantes.

—Te lo dije: que este sitio te iba a gustar —comentó.

De nuevo, ambos sonrieron.

—He quedado con una amiga en el hotel —susurró Can.

—¿Por qué?

Mientras observaba con detenimiento a Irina y a aquellos hombres, Can musitó:

—Se acaba de divorciar y prefiere tener intimidad.

Su amigo asintió.

—¿A qué hora quedamos mañana en recepción para ir al aeropuerto? —preguntó Can.

A Daryl le gustaba el orden, la sensatez y la puntualidad.

—A las cuatro de la tarde —repuso.

El otro afirmó con la cabeza y, levantándose, se retiró de nuevo la melena salvaje de su rostro y se despidió.

—Allí nos vemos. Pásalo bien.

Ambos chocaron las manos y Can salió sonriendo por la puerta, que luego cerró.

Daryl dio un nuevo trago a su copa mientras la escena que se desarrollaba frente a él se calentaba por segundos.

Irina, aún vestida, les comía la boca alternativamente a los dos hombres sobre la cama, mientras ellos, uno a cada lado, la toqueaban y ella susurraba pletórica:

—Mmm, síííí, síííí, juguemos...

Segundos después, su liviano vestido voló por los aires, quedando sólo con un inquietante sujetador, un tanga de cuero negro y unas impresionantes botas altas de tacón.

Irina sonrió. Se había esmerado en la elección de su vestuario.

Esa noche quería estar sexy, sugestiva, fascinante, y sin duda, al ver cómo la miraban los tres hombres, supo que lo había conseguido.

Complacidos, Peter y Laszlo continuaron comiendo a turnos aquella apetitosa boca, mientras las manos de ella se paseaban por encima de sus pantalones con descaro. Ambos estaban tal y como Irina los deseaba. Duros. Hambrientos de sexo. Irina soltó un gritito de satisfacción al sentir que una mano pasaba por encima de su tanga.

—Ordénaselo —le exigió a su marido.

Peter, que conocía muy bien las preferencias de su mujer, asintió y, tras besar aquellos labios que tanto le gustaban, musitó:

—Laszlo, mástúrbala.

El aludido sonrió.

No era la primera vez que el trío jugaba a aquel caliente juego, y, tras quitarle con brusquedad el tanga de cuero a Irina, le abrió las piernas e introdujo uno de sus dedos de golpe, volviéndola loca.

Peter jadeó y, sacándole el sujetador, le mordisqueó los pechos con ansiedad.

—¡Ahhhhhh! —gritó ella complacida.

Excitado por lo que veía, Daryl no quitaba ojo. Le gustaba el sexo caliente, el sexo consentido por ambas partes. Y, mientras Irina le comía la boca a Laszlo y él la masturbaba con el dedo y las respiraciones de todos se aceleraban Daryl se abrió la cremallera del pantalón sin levantarse de su asiento y, tras agarrar su ya duro miembro, lo apretó con la mano y comenzó a moverla lentamente.

Placer...

Eso le ocasionaba mucho placer.

Las ropas de Peter y de Laszlo volaron como minutos antes había volado la de Irina, y, una vez desnudos, el segundo, arrodillándose en el suelo, sonrió y ella gustosa lo invitó a continuar, separando de nuevo las piernas para él.

El olor dulzón a sexo inundó la habitación, y más cuando Laszlo, una vez que hubo tomado lo que aquélla le ofrecía con deseo, la subió al séptimo cielo con la lengua, al tiempo que su marido la besaba.

Enloquecida por lo que Laszlo hacía, Irina disfrutó del momento mientras le apretaba la cabeza con las manos para que no se

apartara. Quería permanecer con la boca de aquél entre los muslos el resto de su vida. El placer que le proporcionaba era extremo.

Daryl dio un nuevo trago a su copa. Ver aquel espectáculo a escasos dos metros y sentir el olor a sexo le resultaba morboso y muy excitante. Entonces Peter indicó mirándolo:

—Estás invitado.

Daryl asintió. Lo sabía.

Todavía no había habido nadie que no hubiera querido que él participara en sus juegos, ni mujer que se le hubiera resistido. Por ello, se levantó, se desnudó con tranquilidad, dejando su ropa perfectamente colocada sobre una silla, y se acercó a Irina.

—No veía el momento de que te unieras —murmuró ella entre jadeos.

Daryl sonrió. Sabía el magnetismo y la inquietud que despertaba en las féminas.

Irina demostraba ser una mujer morbosa, caliente y apetitosa, y, excitado, se subió a la cama mientras Laszlo continuaba con la cabeza entre las piernas de ella y Peter le colocaba unas pinzas en los pezones.

Irina y Daryl se miraron y éste paseó con morbo y lentitud su pene por el rostro de la mujer. Le gustaba dirigir el momento. Eso satisfizo a Irina, hasta que él, al ver que ella abría la boca demandando más, preguntó con una sonrisa:

—¿Es esto lo que quieres?

La mujer asintió mirando su duro miembro. Lo deseaba. Aquel tipo de mirada penetrante la excitaba. Sentirse poseída era una de las cosas que más le gustaban en el mundo, y cuando el pene de Daryl se introdujo en su boca, encantada y ardiendo, lo disfrutó.

Daryl cerró los ojos con placer.

¡Qué cálida era la boca de aquella mujer!

¡Qué maravilla disfrutar del caliente sexo!

Los movimientos de Daryl ante el placer que ella le ocasionaba se acrecentaron, se volvieron secos y certeros, e Irina, con la mirada nublada por el deseo, le pedía que continuara, que no parara.

Ver aquella mirada suplicante aceleró a Daryl. Si estaba allí esa noche era para hacer lo que estaba haciendo. Para jugar, para dis-

frutar, para follar. Porque, como él siempre decía, follaba, no hacía el amor.

Había dejado de hacer el amor muchos años atrás, cuando Elena, la chica a la que amaba, se enamoró de otro y lo abandonó. A partir de ese instante decidió olvidarse de los sentimientos y disfrutar del sexo, aunque en los últimos tiempos algo en él estaba cambiando. Lo sabía. Lo notaba. Cada vez era más consciente de que necesitaba algo más con una mujer, el problema era que no lo encontraba.

Un buen rato después, y gracias a la pericia de la boca de Irina, el comandante sintió que el clímax se acercaba. Por ello, y por respeto, iba a retirarse, pero ella lo detuvo sujetándolo con fuerza por el trasero; liberando su boca, musitó:

—Me gustaría que acabaras.

A Daryl se le erizó el vello de todo el cuerpo. Lo que aquella le pedía le gustaba, le gustaba mucho, y sin dudarlo volvió a introducir su duro pene en la boca de Irina y retomó sus movimientos.

Placer...

El placer era inmenso.

El placer era devastador, hasta que todo su cuerpo se tensó y, quedando clavado en la boca de aquella con los ojos cerrados, el comandante Simmons abrió los ojos, levantó la vista al techo y finalmente, tras un bronco gemido, se corrió.

¡Qué maravilla!

Instantes después, cuando recuperó el resuello e Irina dejó de chupar su miembro como si fuera una piruleta del más maravilloso chocolate, Daryl se retiró y cogió una jarra de agua tibia para lavarse. La limpieza y la seguridad eran primordiales para él, sobre todo cuando se divertía en aquel tipo de locales. Una vez que hubo acabado, y tras secarse con un paño limpio, se colocó una toalla alrededor de la cintura. Luego sacó la carísima botella de champán de la cubeta con hielo, se sirvió una copa y se sentó donde antes había estado.

Irina era ardiente y, mientras la observaba jugar con su marido y el otro hombre, no pudo evitar pensar en cómo se sentiría él si fuera el marido.

¿Sería capaz de disfrutar de aquella manera si ella fuera su mujer?

¿Le gustaría compartir a su mujer con otro?

Eso lo hizo sonreír.

Seguía sonriendo cuando la puerta del reservado se abrió y apareció una mujer rubia de generosos pechos que iba completamente desnuda. Peter le hizo una seña con el dedo y ella, sin dudarle, se le aproximó para besarle.

Cuando el ardiente beso de aquella desconocida terminó, Peter miró a Daryl y dijo:

—Se llama Katalin y es la novia de Laszlo.

Daryl asintió con una sonrisa, y la mujer, al ver lo bien que lo pasaba su novio, ordenó sin apartarse de Peter:

—Ponte un preservativo y tumbate sobre la cama.

Sin dudarle, Peter obedeció y, en cuanto estuvo como ella le pedía, la mujer se subió sobre él e, introduciéndose su duro pene en la vagina, murmuró entre jadeos:

—Mmm..., cómo me gusta.

Peter sonrió. Le encantaban las mujeres como la suya o Katalin, y, agarrándola de las caderas, tiró de ella hacia abajo y, con un golpe seco que lo clavó del todo en su interior, preguntó:

—¿Así?

Katalin se arqueó y, jadeando con la cabeza hacia atrás, exigió:

—Otra vez.

De nuevo, Peter lo hizo. Volvió a clavarse en ella y entonces notó que aquélla describía movimientos circulares sobre él. Mientras le daba unos azotitos en el trasero, con un lenguaje permitido en ese instante musitó:

—Eso es, fóllate tú solita. Eso es..., eso es...

Jadeos y ronroneos placenteros resonaban en la habitación, y Daryl entretanto observaba a aquellas dos parejas que sobre la cama hacían lo que más les gustaba. Sexo.

La puerta volvió a abrirse y se asomó a la habitación una nueva mujer a la que no conocía.

Durante unos instantes ella permaneció observando lo que allí ocurría, hasta que oyó:

—¿Te quedas o te vas?

El que había hablado era Daryl, aquel comandante de pelo claro que las volvía locas a todas.

La mujer lo miró. El tipo era más que agradable de ver y, sin dudar, entró y cerró la puerta. Con gesto mecánico, él cogió un preservativo y lo abrió. Sin hablar, se miraron, y cuando él terminó de colocárselo pidió:

—Ven aquí.

La mujer se le acercó encantada y Daryl se la sentó encima. Él mandaba.

Una vez que ella estuvo a horcajadas sobre él, Daryl introdujo en su interior su duro miembro viril al tiempo que ella, aceptándolo, indicaba en un hilo de voz:

—Soy Agnes.

El comandante asintió y, agarrando las caderas de la mujer para hundirse en ella, repuso:

—Daryl.

El cuerpo de Agnes tembló mientras, agitada, clavaba las uñas en los hombros de él. Daryl sonrió al verlo y, moviendo las caderas, preguntó:

—¿Esto te gusta?

Agnes asintió y, cuando Daryl se la clavó aún más, ella resopló.

—Ahhhh... Sí..., sí..., sí...

Sí... Al comandante le encantaba oír aquella mágica palabra.

¡Sí!

En temas de sexo y de mujeres, era un especialista, y deseoso de que aquélla disfrutara y enloqueciera sobre él, la miró a los ojos.

—Te voy a romper... —susurró.

—Sí...

—Y te va a gustar mucho...

—Sí... —jadeó Agnes, sintiendo cómo sus propios fluidos resbalaban por sus muslos.

—¿Quieres más?

—Sí..., sí..., sí...

Uno..., dos..., siete...

Totalmente entregada a aquel hombre, Agnes se dejó manejar,

se dejó romper, se dejó manipular, disfrutando como una loca de aquella total posesión que ella le permitía, mientras sus gestos, sus jadeos, sus chillidos de placer o sus movimientos hablaban por ella.

El placer era extremo. Aquel hombre sabía muy bien lo que hacía, y mientras tanto boqueaba en busca no sólo de aire.

—Más, dame más —suplicó.

Daryl sonrió.

Aquella entrega era lo único que necesitaba para endurecer su juego; se levantó con la mujer clavada totalmente en él, la tumbó sobre la cama, donde las otras dos parejas habían acabado su particular juego para observarlos y, con toda su fuerza y su ímpetu, hizo lo que aquélla le pedía: le dio más.

Enloquecida, Agnes gritó, jadeó, se abrió para él, sintiéndose llena por completo y plena de lujuria, hasta que sus cuerpos no pudieron más y un maravilloso clímax los inundó.

Agotado por el esfuerzo, Daryl quedó sobre ella en la cama.

Joder, cómo le gustaba el sexo. Cuando iba a levantarse, ella lo sujetó, lo miró a los ojos y se sintió deseosa de repetir.

—Cuando quieras, como quieras y donde quieras —murmuró.

Daryl sonrió. Nunca fallaba.